

compromete o es sustituido por la propia voz amenazadora del perseguido, que ya lo tiene predestinado: su sentido de culpa, el profundo impulso psíquico del ser humano por rectificar sus transgresiones y que lo empuja hacia la autodestrucción ¹⁵:

«... Se conoce que lo arrastraba el ansia. Y el ansia deja huellas siempre. Eso lo perderá.»
«Lo señaló su propio coraje —dijo el perseguidor—. El ha dicho quién es, ahora sólo falta saber dónde está» ¹⁶.

Jung expone este fenómeno psicológico en los siguientes términos:

An intimation of the terrible law that governs blind contingency, which Heraclitus called the rule of «enantiodromia» (a running towards the opposite), now steals upon modern man through the by-ways of his mind, chilling him with fear and paralyzing his faith in the lasting effectiveness of social and political measures in the face of monstrous forces ¹⁷.

El famoso historiador Arnold Toynbee, citado por Octavio Paz, lo define con las siguientes palabras:

«The two-fold motion of withdrawal-and-return.» ¹⁸

Es precisamente este conflicto mental proyectado al exterior lo que, según los psicoanalistas ¹⁹ prohíbe el avance espacial del perseguido; es decir, como especie de manifestación concreta de la culpabilidad que siente:

«Camino y camino y no ando nada. Se me doblan las piernas de la debilidad. Y mi tierra está lejos, más allá de aquellos cerros» ²⁰.

La respuesta a la tercera interrogación resulta mucho más difícil de precisar, dado que no existe ninguna evidencia textual explícita hacia su confirmación. Aceptada la premisa de que el perseguido procede en dirección a la casa y que ésta se encuentra por encima del monte, la siguiente pregunta no puede sino asaltar al lector. Si el

exigencia del sentido de culpa por auto-castigo ante una transgresión trágicamente inevitable y cuyo predeterminismo se encarna en el destino colectivo de la raza humana.

¹⁵ «Unconscious guilt feeling will, when its intensity is growing, press either in the direction of self-harming acts in which the need for punishment is gratified or to a repetition of the forbidden deed that caused the guilt feeling. The aggressiveness will either be turned inside, be transformed into masochistic self-torture, or push man to acts that are displaced substitutes of the old crime.» Theodor Reik, *Myth and Guilt: The Crime and Punishment of Mankind*. Nueva York: George Braziller Inc., 1957, pág. 241. El psicoanalista, por ejemplo, interpretaría dentro de este mismo contexto los machetazos por parte del perseguido que tronchan la «yerba y ramas desde la raíz» y que luego cortarían el «dedo gordo» de Alcancía: el uno como prefiguración del crimen (la dismembración a machetazos de los cadáveres) y el otro como deseo inconsciente de auto-castración (el «pie» como los «ojos» en la tragedia de Edipo, cuyo nombre es curiosamente indicativo de «pie hinchado», es símbolo fálico). Véase, para una interpretación simbólica en términos sexuales, a Sandor Ferenczi, M. D. *Sex in Psychoanalysis*, Nueva York: Basic Books Inc., 1950, págs. 263-272.

¹⁶ «El hombre», págs. 22-23.

¹⁷ CARL GUSTAV JUNG: «The Spiritual Problem of Modern Man», ed. cit., pág. 465.

¹⁸ Citado en Paz, *Soledad*, ed. cit. págs. 184-185.

¹⁹ WICKES, «Journey», ob. cit., pág. 273.

²⁰ «El hombre», pág. 27.

perseguidor no pudo descubrir los homicidios antes de llegar a su casa, es decir, anterior al inicio de su persecución —si no, ¿cómo conocería cada detalle minucioso del crimen, incluso la identidad e intenciones de Alcancía antes, durante y posterior a los homicidios?—²¹, ¿cómo es que Urquidí también prosigue en dirección ascendente o hacia la casa? O sea, si la trayectoria del perseguido se define, como queda señalado, en términos especialmente lineales, ¿no hubiera sido más lógico que Urquidí empezara su persecución en el momento de iniciar Alcancía su descenso en dirección al río? Hay que señalar, además, como advierten los críticos²², que muy poco tiempo transcurre entre la efectuación del crimen y el inicio de la persecución:

«Subió por aquí, rastrillando el monte —dijo el que lo perseguía—... Terminaré de subir por donde subió, después bajaré por donde bajó, rastreándolo hasta cansarlo...»²³.

El problema se complica con la simultánea aparición del «machete» y del «dedo gordo» al principio de la narración. Es decir, si Rulfo coloca la acción anterior al crimen no deberían aparecer referencias directas al «dedo»; si posterior, faltaría mención del «machete». No puede haber, a fin de cuentas, divergencia temporal en cuanto al perspectivismo del perseguido —anterior al crimen— y del perseguidor —posterior— simultánea a una convergencia espacial respecto a los mismos. La única explicación a esta discrepancia sería mediante una especie de superposición correlativa de tiempo mítico y tiempo cronológico, según expone Paz:

... Gracias a la participación, ese tiempo mítico, original, padre de todos los tiempos que enmascaran a la realidad, coincide con nuestro tiempo interior, subjetivo. El hombre, prisionero de la sucesión, rompe su invisible cárcel de tiempo y accede al tiempo vivo: la subjetividad se identifica al fin con el tiempo exterior porque éste ha dejado de ser mediación espacial y se ha convertido en manantial, en presente puro, que se recrea sin cesar... Y así, el mito —disfrazado, oculto, escondido— reaparece en casi todos los actos de nuestra vida e interviene decisivamente en nuestra historia: nos abre las puertas de la comunión²⁴.

Otra evidencia textual, aunque menos conclusiva, apoya señalada multiplicidad interpretativa de la narrativa, cuya progresión correlativa trasciende el motivo de la venganza como hilo unificante estrictamente argumental o histórico-literario.

Las connotaciones múltiples que conlleva el título, como primer caso específico, chocan, se superponen o trascienden²⁵ la bimetración temático-estructural en que se divide «El hombre». O sea, si el motivo que inspiró «El hombre» fuese la venganza —el ojo por un ojo—²⁶ como exclusivo diseño constructivo, cabría preguntarse por

²¹ Hace falta recalcar que muchos de los detalles minuciosos del crimen que nos proporciona el perseguidor no pueden ser resultado de mera conjetura, sino que da la impresión de que hubiese estado allí en aquel momento, ocupando el espacio mental del perseguido. Esta presencia «fantasmal» también explicaría la capacidad de Urquidí de prever cuándo, cómo y dónde va a morir su víctima.

²² LUIS LEAL, *Juan Rulfo*, pág. 44.

²³ «El hombre», págs. 22-23.

²⁴ PAZ, ob. cit., pág. 190.

²⁵ «El hombre», claro, son tres hombres en uno: el Ser cósmico o mítico, el arquetípico Mexicano y la proyección autobiográfica, literaturizada, del propio Rulfo.

²⁶ El fin trágico y no de «justicia poética» que quiso evocar Rulfo respecto al destino humano en «El

qué el título hace referencia directa a sólo uno de los protagonistas principales; y al perseguido, no al perseguidor, con quien, según algunos críticos, deberíamos simpatizar más ²⁷.

La citada ambivalencia acerca de la colocación espacial de la casa —por encima o al pie del monte— da motivo a preguntar si la subida del perseguido por la vereda constituye un voluntario escape de la escena del crimen o/y una búsqueda inconsciente, la arquetípica peregrinación odiseica del hombre atraído o predeterminado, a manos de una misteriosa fuerza manipulante, hacia un destino trágico; el eterno viaje del desarraigo terrenal o corpóreo hacia la reintegración espiritual, la predestinada «vuelta a la semilla» ²⁸:

«... Tengo que estar al otro lado, donde no me conocen, donde nunca he estado y nadie sabe de mí; luego caminaré derecho, hasta llegar. De allí nadie me sacará nunca... Camino y camino y no ando nada. Se me doblan las piernas de la debilidad. Y mi tierra está lejos, más allá...» ²⁹.

Análogas a señalada jerarquía conflictiva entre las voces monologantes y su clasificación tripartita a base del «Id», «Ego», «Super-ego» freudianos, merecen atención las decisivas incongruencias, fundadas en semejante tripartición, respecto al carácter de Alcancía: agresión primitiva (Id)/ cobardía y timidez infantil (Ego)/ decidida religiosidad y profundo sentido de culpa cristiana (Super-ego) ³⁰. Sería difícil, desde luego, justificar la venganza en exclusivos términos argumentales en dicha encarnación arquetípica del consabido «*complexio oppositorum*» en que se funda la construcción de «El hombre». La implicación es que Alcancía sirva de símbolo colectivo, una especie de configuración mítica transplantada en tierra regional ³¹. Estrechamente ligado al destino del perseguido, queda por evaluarse el carácter de su

hombre» se comprueba con señalar el enfoque primordial de la temática en los conflictos psicológicos del perseguido, cuya singularidad prototípica se encarna a través del título.

²⁷ Tampoco nos permitimos concurrir con esta última opinión de Luis Leal, *Juan Rulfo*, pág. 44. Es decir, a lo largo de toda la producción literaria de Rulfo muy pocas veces puede hablarse de personajes «buenos y malos» en términos absolutos (véase nuestra nota 44), sino de diferentes encarnaciones o proyecciones de la misma condición trágica —el pecado original y consecuente caída— del ser humano (Paz, ob. cit., pág. 62). Tanto el perseguido como su perseguidor, pues, encarnan dos caras —el «*complexio oppositorum*»— de un mismo destino arquetípico.

²⁸ Esta aspiración inconsciente del hombre de volver a las «entrañas maternas» tiene simultáneo fundamento correlativo desde el punto de vista psicoanalítico (Sigmund Freud, *The Ego and the Id*, ed. James Strachey, W. W. Norton & Co. Inc., 1962, págs. 30-37), mítico (Joseph Campbell, *The hero with a Thousand Faces*, Princeton University Press, 1968), psicosocial (Paz, ob. cit., pág. 149), desde luego bíblico —la tierra prometida— (Paz, ob. cit.) y autobiográfico (Roffé, ob. cit., págs. 52-53; Ferrer Chivite, ob. cit.) Aquella «tierra lejana» del «más allá» a que constantemente hace referencia Alcancía se identifica con el destino trágico del hombre, a cuyo «espacio» nunca ha estado y del cual nadie nunca lo sacará.» (pág. 24).

²⁹ «El hombre», pág. 24.

³⁰ Para un estudio conciso de dicha tripartición desde el punto de vista freudiano, véase Calvin S. Hall *A primer of Freudian Psychology*, Mentor, 1954, págs. 22-35. Desde el enfoque mítico véase la obra citada de Campbell.

³¹ Hay que señalar la manera casi «incidental», otra posible evidencia del valor «secundario» del hilo argumental de «El hombre», en que Rulfo llega a nombrar a sus personajes y en el valor irónico o simbólico del nombre con que bautiza al perseguido.

perseguidor, como otra especie de proyección arquetípica del gran castigador, el juez supremo o padre justiciero ³². Las admoniciones de la voz omnisciente anterior al crimen son sustituidas ahora por las correlativas amenazas castigantes que verbaliza el perseguidor al efectuarse el crimen:

«... El ha dicho quién es, ahora sólo falta saber dónde está. Terminaré de subir por donde subió, después bajaré por donde bajó, rastreándolo hasta cansarlo. Y donde yo me detenga, allí estará. Se arrodillará y me pedirá perdón. Y yo le dejaré ir un balazo en la nuca... Eso sucederá cuando yo te encuentre... Tengo paciencia y tú no la tienes, así que esa es mi ventaja... Mañana estarás muerto, o tal vez pasado mañana o dentro de ocho días. No importa el tiempo. Tengo paciencia.» ³³.

En contraste con Alcancía, que ejerce una curiosa selectividad en cuanto a su percepción del mundo «exterior», Urquidí manifiesta un raro instinto por acertar, hasta anticipar, todos los movimientos del perseguido, como si encarnara una extensión mental del perseguido y no corporeización independiente:

«Te cansarás primero que yo. Llegaré adonde quieres llegar antes que tú estés allí —dijo el que iba detrás de él—. Me sé de memoria tus intenciones, quién eres y de dónde eres y adónde vas. Llegaré antes que tú llegues» ³⁴.

Igual a éste, por otra parte, el perseguidor llega a sus propios momentos de falta absoluta de percepción espacial y temporal:

«... Mañana estarás muerto, o tal vez pasado mañana o dentro de ocho días...» ³⁵.

Ante las momentáneas vacilaciones de los protagonistas principales, hay que señalar las que sufre la voz omnisciente respecto a los detalles del crimen. No se trata, desde luego, de un punto de vista absoluto o «extra-narrativo»:

Y comenzó su tarea. Cuando llegó al tercero, le salían chorretes de lágrimas. O tal vez era sudor. Cuesta trabajo matar... ³⁶.

Toda dicha serie de discrepancias, entre otras ³⁷, a fin de cuentas, apunta hacia un

³² FREEMAN, ob. cit., págs. 2/4-2/10.

³³ «El hombre», págs. 23-25. Otra evidencia explícita para sugerir que Rulfo esté muy consciente del desdoblamiento psíquico (la fragmentación del ser íntegro en sus varios «egos») hay que buscarla en los juegos de palabra que emplea el autor mexicano, en un deliberado intento de confundir al lector respecto a la identidad de los dos protagonistas; es decir, el uno como gemelo y, al mismo tiempo, oposición a su segunda mitad: «Parecía venir huyendo» (pág. 26); «flaco» y «reflaco» (pág. 27); «Miró y remiró» (pág. 26); «doblado» (pág. 28). El juego de palabras al final del cuento está íntimamente ligado a dicho motivo de «integridad» y «desintegridad» o «fragmentación psíquica». Tiene el explícito propósito, a nuestro juicio, de hacer irónico en dicho dualismo irreconciliable, el estado incompleto o «adánico» del hombre.

³⁴ «El hombre», pág. 24.

³⁵ *Ibid.*, pág. 25.

³⁶ *Ibid.*, pág. 24.

³⁷ Más tarde, en el texto, se señalará otra serie de discrepancias respecto a la colocación, condición —«puerta abierta»—, ocupación de aquella casa (véase la nota 5), y la recepción casi «amistosa» del perseguido por parte de aquellos «perros».